

TODO EL ARTE

POR RAUL CUEVAS

ARIEL Y CALIBAN

POR LOS CAMINOS del arte, la belleza va desnuda y magnífica, espléndida en sus dones y opulenta en su grandiosidad creadora. Querer limar lo que la naturaleza hizo magnífico, lo que Dios entregó en arcilla de armonía para vestirlo de ropajes usuales, es restarle lo que más de magnificencia encierra la obra de arte. Desde lejanos tiempos, se ha venido hablando en dos lenguajes sobre la tierra: aquel que tiene la libertad como aliada y como compañera la gracia; el otro, es el manoseado trapo de las conveniencias y los falsos pudores, que lo emplean, temblorosos, los que no tienen oración de palabras vigorosas apoyada en el alma.

¿Dónde podemos situar el destino del arte? El pertenece por entero al dominio de la creación, de la imagen limpia de tiempo y medida, donde la imaginación vuela fértil y poderosa, donde el cielo hace su conjunción de luz y sombras y nada parece imposible, porque el artista es la transfiguración más próxima del hombre hacia la divinidad.

¡Oh, espléndida arcilla humana, débil y grandiosa en sus altiveces y en sus caídas! Ariel y Caliban, siempre unidos, en su lucha por todos los senderos del hombre; la sombra y la luz en su combate y en su diaria derrota y en su diaria victoria. ¡Cómo situarnos en un peregrinar más alto que aquel que busca el dominio de la gracia sobre el dolor que ensombrece los caminos! ¡Cómo hacer interrogaciones al misterio, si pretendemos ocultarnos la verdad que nos quema los labios!

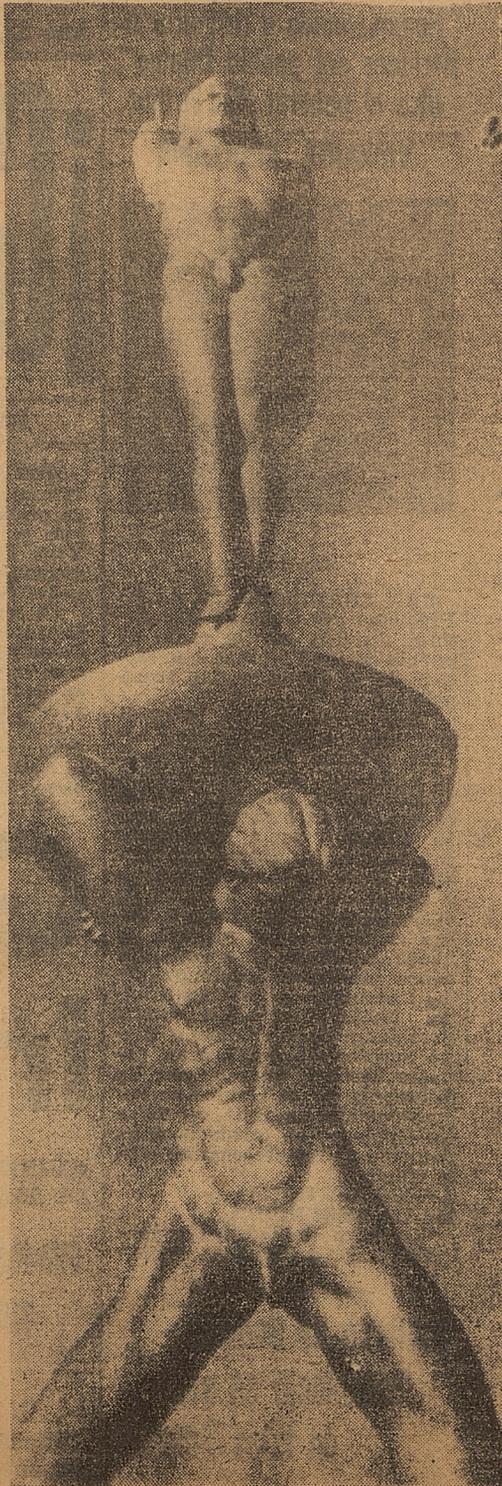
Ahora, el tiempo pasa por nuestras manos y nos libra de todo temor y nos hace mirar la armonía de la belleza, desde sus orillas exactas. Desde sus límites sin límites, como quien asiste al nacer de una criatura o al despertar de un dios dormido.

Nuestra ciudad amplia y de ventanas que se miran hacia un muro de nevadas cordilleras, entre rosas y verdeguear de fiesta, muestra la gracia del primer monumento digno y espléndido. Nada puede cercarlo, de otra cosa, que admiración, por su sentido de creación, por la vigorosa expresión de sus figuras, por la calidad vibrante y animada de sus rasgos, en que las fuerzas del mal sostienen, entre dolor y materia doblegada, a lo grande y noble, que Ariel simboliza, en lo alto, como un canto de creación hacia el futuro.

Llama viva que se empuja hacia los cielos vastos, canto material a la obra magnífica de Rodó, el pensador sin vallas y con el candor del día primero del mundo aflorando a sus labios, para detramarlo en su obra alentadora de América.

Y esta joya de arte, es la realización, no sólo del esfuerzo del talento de Totila Albert, nuestro escultor más sorprendente, nuestro artista de más alto vuelo y de menor manoseada contextura de alma, sino que también lo es, de quienes fueron el jurado y los que dieron aprobación para obra de tan elevados giros. Nunca la obra de un creador de belleza y de verdad, como fué el gran pensador uruguayo, estuvo, más exactamente plasmada en la materia, que en este monumento que hoy enorgullece nuestra ciudad.

Aquí, la obra espiritual y el homenaje de gloriosa expresión estética, se unen y se eternizan en esta fuerza de americanidad y de cultura. Digno homenaje para labor tan vasta y recia, a la vez que asombroso ejemplo de liberación del instante para que el homenaje rendido se haga duradero.



R. C.

La obra monumental de Totila Albert